

El hilo que no se rompe: verdad, equilibrio y mirada infantil en la literatura para jóvenes

Centro de Estudios Literarios ARTBOL

Taller de Literatura Infantil y Juvenil – Octubre de 2025

El hilo que no se rompe: verdad, equilibrio y mirada infantil en la literatura para jóvenes

La literatura infantil y juvenil, tantas veces subestimada como un “género menor”, constituye quizá el espacio más exigente de la creación narrativa. No se trata solo de escribir para niños o adolescentes, sino de mirar el mundo a través de sus ojos, sin perder la hondura del arte ni la honestidad de la verdad. Este fue el espíritu que animó el Taller de Literatura Infantil y Juvenil del Centro de Estudios Literarios ARTBOL, dirigido por Henry Alberto Jiménez Cuestas y facilitado por el escritor John Fitzgerald, con la participación de estudiantes como Beatriz Jeannethe Navas, Gina MR, Laura Henao, Tathiana Pinto y otros amantes de la palabra.

Durante la sesión, se abordaron cuestiones fundamentales sobre la escritura, la ilustración y la responsabilidad ética del creador literario frente a sus jóvenes lectores. El encuentro giró en torno a tres conceptos medulares propuestos por Fitzgerald: el hilo que no se rompe, la verosimilitud frente a la verdad y el equilibrio precario. Estos ejes, más que simples categorías técnicas, constituyen auténticas poéticas de la narración contemporánea. A partir de ellos se discutió la manera en que una historia cobra sentido, cómo se mantiene la credibilidad del lector y de qué modo la tensión narrativa sostiene la emoción sin traicionar la lógica interna del relato.

El hilo que no se rompe: la causalidad como columna vertebral

John Fitzgerald definió el hilo que no se rompe como el principio de causalidad que mantiene unida la estructura narrativa. En una historia bien construida, cada hecho es causa y consecuencia de otro; nada sucede porque sí. “La casualidad puede iniciar un conflicto”, señaló, “pero no puede resolverlo, pues el lector lo percibe como una trampa”. Este planteamiento, de clara raíz aristotélica, revela una comprensión profunda de la mente lectora infantil: los niños aceptan la fantasía, pero no la incoherencia. Exigen que incluso lo imposible obedezca a una lógica.

El ejemplo de Fitzgerald es revelador: su novela Flores sobre el agua, publicada por Editorial Norma, aborda la desaparición forzada en un contexto de conflicto armado, pero lo hace desde la mirada sensible de una niña que busca a su padre. Allí, la causalidad no solo ordena los hechos, sino que se convierte en una ética del relato: cada acción tiene consecuencias, y cada decisión humana deja una huella. Henry Alberto Jiménez Cuestas, director de ARTBOL, destacó precisamente esta virtud, subrayando que la novela logra hablar de un tema duro con delicadeza y lenguaje accesible, sin sacrificar la hondura emocional.

Verosimilitud y verdad: el pacto sagrado entre autor y lector

Otro de los pilares del taller fue la distinción entre verosimilitud y verdad. Fitzgerald insistió en que, en la literatura, lo verosímil pesa más que lo verdadero. El lector no exige

que los hechos narrados sean reales, sino que sean coherentes dentro del universo creado. En sus palabras, se trata de un “pacto tácito entre autor y lector”. Para ilustrarlo, citó La metamorfosis de Franz Kafka: nadie cree literalmente que un hombre pueda transformarse en insecto, pero el lector acepta esa premisa porque el autor mantiene la coherencia interna hasta el final. Si Kafka hubiese roto esa lógica, diciendo que todo fue un sueño, el lector se sentiría traicionado.

Esta reflexión resulta crucial para los autores de literatura infantil. El niño o el joven lector puede aceptar mundos poblados por dragones, hadas o animales parlantes, pero no perdona la incoherencia ni la falta de verdad emocional. Por eso, como observó Fitzgerald, los detalles —un gesto, un tic, una manía, una costumbre— son los que anclan la historia a la realidad. La verosimilitud no se construye con grandes discursos, sino con pequeñas verdades. En el detalle se aloja la confianza.

El equilibrio precario: mantener viva la tensión del relato

El tercer concepto, el equilibrio precario, resume la capacidad del autor para mantener al lector en vilo. Se trata de una cuerda floja emocional y estructural que se tensa desde el inicio y no se resuelve hasta el final. Fitzgerald la asocia con la incertidumbre: ¿qué será del personaje?, ¿cuál es el origen de ese misterio?, ¿por qué no todo se dice de inmediato? Este recurso, explicó, es esencial para sostener la atención del público juvenil, que necesita sentir la urgencia de pasar la página.

El autor propuso técnicas concretas: dejar los capítulos en punto seguido, no en punto aparte; dosificar la información; y no resolver las peripecias de inmediato. Citó como ejemplos Harry Potter y Las mil y una noches, obras que dominan el arte de la interrupción estratégica. También recomendó capítulos breves, acordes con el ritmo de lectura infantil, y una armonía visual entre texto e ilustración. La literatura infantil no se lee solo con los ojos: se experimenta como una coreografía entre palabra e imagen.

La mirada infantil: volver a ser niño para escribir

Uno de los momentos más inspiradores del taller fue la invitación de Fitzgerald a “recordar cómo era ser niño”. No basta con escribir para ellos; hay que escribir desde ellos. Recuperar la mirada infantil implica rescatar la curiosidad, el asombro y, sobre todo, la vulnerabilidad. En sus palabras, un niño puede temerle a una mesa o imaginar un dinosaurio usando un tenedor: lo cotidiano se vuelve extraordinario cuando se observa sin los filtros del adulto.

Esta perspectiva fue acogida con entusiasmo por estudiantes como Laura Henao y Tathiana Pinto, quienes compartieron ejemplos de historias y cortometrajes que abordan temas escatológicos o sensibles desde el humor y la ternura. Fitzgerald defendió que “ningún tema humano debe ocultarse a los niños, siempre que se trate con cuidado y tacto”. La clave no está en evitar lo difícil, sino en narrarlo con arte, belleza y respeto.

Conclusión: la literatura como semilla de sentido

El taller concluyó con una idea luminosa: la literatura infantil y juvenil no es un ejercicio de simplificación, sino de sabiduría. En ella, la imaginación se convierte en refugio y en herramienta de verdad. En *Flores sobre el agua*, las semillas que el personaje Heider guarda en sus bolsillos simbolizan esa esperanza que germina aun en medio de la violencia. Son — como el propio Fitzgerald explicó— el “equilibrio precario” que sostiene la vida cuando todo parece perderse.

La labor del escritor para jóvenes es, entonces, la de un sembrador: cuida las semillas del lenguaje, del símbolo y de la emoción. Cada palabra debe brotar con sentido, porque el lector infantil, más que ningún otro, percibe la autenticidad o la impostura. Como señaló Henry Alberto Jiménez Cuestas, la literatura para niños y adolescentes no puede disociarse de la pedagogía ni de la ética; debe ser un acto de creación y de responsabilidad.

En definitiva, el hilo que no se rompe es también el lazo invisible que une al autor con su lector, la continuidad entre generaciones a través del relato. En tiempos de incertidumbre, recordar cómo se mira el mundo desde la infancia puede ser la forma más profunda de volver a creer en la palabra.

Referencias

- Fitzgerald, J. (2025). *Flores sobre el agua*. Editorial Norma.
- Kafka, F. (1915). *La metamorfosis*. Leipzig: Kurt Wolff Verlag.
- Buenaventura, N. (s.f.). *Obras orales y talleres narrativos* (referido por Henry Alberto Jiménez Cuestas).
- Centro de Estudios Literarios ARTBOL. (2025). Conversatorio “Taller de literatura infantil y juvenil”, registro de notas (octubre 2025).